



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12397

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extras.
—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración Mayor, 24

LUNES 2 DE MARZO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartra, 31.

Hasta otro año

Decididamente se ha ido el carnaval. Sus últimos representantes han arrojado la careta á la hora en que rompe por el Oriente la alborada. Con los primeros trabajadores que se echan á la calle en demanda del sitio donde han de rendir la diaria faena, se han cruzado las últimas mascararas.

Bien se ha divertido la gente. Se trataba del último baile y había que aprovecharlo. Se presentaba la ocasión de pasar unas horas á gusto, y no había que desperdiciar un momento.

Así como así, ya no habrá más fiestas de ese género hasta el año que viene, que volverá Momo, seguido de la turba de locos ridículos que forman su cortejo; y quien sabe lo que puede ocurrir en ese plazo. Hasta puede suceder que sea suprimido el carnaval. Como fueran poder los amigos de los concejales pamploneses que han hecho dimisión por cuestión de antifaces, jaldíos caretas y adios bailes de mascararas. Cualquiera día iban á permitir esas señoras que la gente se echara á la calle con la indumentaria de Fausto ó el metafísico disfraz.

Y es raro, porque esas diversiones que ponen tirantes los nervios á los concejales de Pamplona, no son de ayer mañana. Ya las había cuando el hermano de Fernando séplimo se echó al campo contra su sobrina, marcando a su prole el camino á seguir para ver de llegar al palacio de la plaza de Oriente. Precisamente hace un momento nos hemos enterado de un edicto en que el corregidor de Cádiz

dictaba reglas para los bailes de mascararas que se habían de celebrar en el teatro de Cádiz en 1770, bastante antes que dimitiesen los concejales pamploneses por que se permitiese que bailen mascararas en el teatro del Ayuntamiento de Pamplona.

Había entonces más orden, eso sí. La autoridad se metía en todo, hasta en los charcos.

Aquí se situarán los coches viene á decir el documento; la gente entrará por este lado y saldrá por el otro; los grupos de curiosos estacionados en la puerta guardarán compostura y hablarán en voz baja para que cada lacayo oiga la voz de su señor cuando lo llamen; habrá en el local tantos retretes para las señoras y uno para los caballeros; se comenzará la fiesta por tal baile y se seguirá por este otro, colocándose las parejas en tal forma; tal disfraz valdrá tanto de alquiler y tal refresco ó artículo de comer no podrá exceder de la tarifa señalada.

En aquellos tiempos se hacía todo con permiso de la autoridad y ajustado a patrón; pero la gente se divertía como ahora, concurría á los bailes de mascararas y celebraba el de pifala con gran regocijo, ni más ni menos que como ahora se celebra.

Hay que hacer un distingo:

Si se hubiese alrevido á concurrir á aquellos bailes un hombre en traje de mujer, hubiera dormido en la cárcel. Estaba prohibido y se perseguía con todo rigor.

Por lo demás ¿por qué no se ha de echar una cana al aire cuando se presenta la ocasión? ¿Y qué ocasión más oportuna que cuando llega el Carnaval?

No ha de ser todo pensar en nuestras desventuras, ni hablar de

la sangría suelta que el fisco nos saca para darnos unos servicios de á ochavo, ni poner carne de gallina ante la baraja de criménes que salta á cada instante, ni hablar de la inseguridad de los caminos, del atracó del día ó del robo nocturno. Eso es lo normal y ya casi lo miramos con indiferencia.

Por eso cuando surge una anomalía, como esta de la visita de Momo, se apura la colilla. Tanto se ha apurado, que las últimas mascararas se han cruzado con los primeros obreros que iban á trabajar.

SE DAN CASOS

Robó dos duros Pascual á un opulento banquero, y un proceso criminal hizo caer al ratero bajo el Código Penal.

Robó Carlos al Estado una porción de millones, pero le absolvió el Jurado y gozó de sus doblones sin penas y sin cuidado.

Hoy Carlos en dicha enfrensa y es titule y millonario: Pascual sufre su condena y arrastra del presidiario la miserable cadena.

Narciso Díaz de Escovar.

LOS CABALLEROS TIGRES

Un solo tigre ha matado en la India inglesa en el espacio de tres años, según se expresa una revista de «casos y cosas», la friolera de ciento ochenta personas, ó sea treinta y seis por año, ó una cada diez días; y calculando por kilogramos (á razón de 70, término medio por persona), una ración diaria de carne humana de siete kilos.

¡Ya es devorar! Es de suponer que esas fieras que tal profección muestran por la carne bipeda; y por aquello de que en la variedad está el gusto, matarán también, aun cuando sea por distracción; alguno que otro de esos pobres Antinianos que vagan por los campos, y en ese caso puede suponerse el banquete que se dan los demás tigres.

Peró en fin, las fieras están en su papel dedicándose á ese «sport»; pero ¿qué me dicen ustedes de los tigres de frac y corbata blanca que se estilan en nuestras latitudes, y que si no matan, devoran, que viene á ser lo mismo, millares de víctimas por hora y por minuto?

Esos organizadores de «trust» neuróticos, esos insipiscables negociantes que brillan en el gran mundo, que dan fiestas suntuosas, habitan espléndidos palacios y viven fastuosamente, explotadores de miserias, ¿qué son sino verdaderas fieras que olfatean la carne y tienen la serpa siempre en el aire, dispuesta á caer sobre los infelices incautos al más leve descuido?

Habría que ver sus libros talonarios, sus balances de caja, sus cuentas corrientes, para poder determinar con toda precisión y exactitud el número de personas que cada uno de ellos esclifica con la complicidad de los Códigos para entretener la insaciable voracidad de su bolsa.

Y esas fieras humanas duermen sin aprensión, se codean con las gentes, se exhiben y relacionan con la buena sociedad, sin que nadie se espante; antes al contrario, recibiendo el homenaje de chicos y grandes, altos y bajos, soberbios y humildes.

En la India inglesa, como en todos los sitios donde haya tigres, como el que habla la supradicha Revista, las gentes tendrán prevención de la fiere, en cuanto la vean, hacer algo para escapar á su esfera de acción; pero en la humana sociedad, donde tanto abundan los tigres del dinero, ocurre todo lo contrario: es á saber, que las víctimas buscan á la fiere, la adulan, la refrean, la hacen la rueda, la excitan el apetito y ensalzan, en una palabra, como á Nerón en el Circo, ó al Shah en el hareem persa.

«Poderoso caballero es D. Dinero», dijo

el gran zambón de la Corte del Felipe IV, y filosofas aparte, hi ciertos que, á pesar de las revoluciones de los estamentos de la república, sociales, políticos, económicos y religiosos, el becorre del oro sigue sobre su pedestal, recibiendo la adoración y el homenaje individual colectivo de los humanos.

Por rendir culto al tal becorre, los Agnes del gran mundo dejan tamañitos á los auténticos; y siempre escuchados en leyes que ellos hacen, en asambleas que ellos dirigen, en exclusivismos y monopolios que ellos explotan, bajan de su augusta pedestal, que los había hecho á imagen y semejanza de Dios, y se convierten en inmundas sibilinas, en sanguinarias fieras, en implacables y horribles monstruos de ferocidad inaudita, sin patria, sin ley, sin sentimientos, sin corazón, sin piedad, serpas y plagas para el bien, despiertos y rápidos para el mal.

Como la fiere sedienta de sangre, saltan sobre los débiles, ya sean naciones como España, el Trinévhal, ó Turquía y Portugal; ya sean individuos afortunados, sacrificándolos inicuamente, bebiendo su sangre; dejando por donde pasan huellas indelibles y nauseabundas de su poder, de su grandeza, de su omnipotencia, que aplasta, aniquila y destruye.

Salvo la forma, que es algo más artística, el fondo de las civilizaciones modernas discrepa poco del de las antiguas. Ya no tenemos el «Spoliarium», donde se amontonaban las piltrafas abandonadas en el tirfo por las fieras; pero tenemos las leyes que autorizan la usura, el desahucio, la quiebra fraudulenta, el tipo en gran escala; donde se roban y van á parar las plumas de los mártires del deber, de los débiles que sucumben entre el estruendo de los éxitos otorgados únicamente á los que adoran el becorre de oro, y aquellos otros que, como dice el clásico:

«Nunca á Dios llamaba bueno hasta después de comer.»

Abel Imart.

CURIOSIDADES

Diferencia en los planetas
Leámos un ingenioso medio de recordar

Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.



H

Piotr Ivanovitch, mientras encendía el cigarro, le oía preguntar el precio de los diversos terrenos y escoger el que le convenía. Luego dió las órdenes para el coro, y Sokolov se retiró.

«Todo lo dispongo por mí misma—dijo ella apartando á un lado los álbums de que estaba llena la mesa.

Y observando que la ceniza del cigarro iba á caer sobre aquella, empujó rápidamente el cenicero hacia Piotr Ivanovitch, y le dijo:

—Me parece una hipocresía decir que el dolor me

BIBLIOTECA DEL ECO DE CARTAGENA 13

cuando hubo reconocido á Piotr Ivanovitch, lanzó un suspiro, se acercó á él, le cogió la mano, y le dijo:
«¿Qué era V. verdadero amigo de Ivan Imtob?»
Y le miraba aguardando una respuesta de circunstancias.

Piotr Ivanovitch había que así como antes convenía persignarse, así ahora había que estrechar la mano, suspirar y murmurar: «Puede V. creerlo.» Y así lo hizo. Cumplido este programa, conoció que se había logrado el resultado apetecido: él estaba conocido y ella conocida.

—Venga V.—dijo la señora.—Antes que empiece esto tenga que hablarle. Demos V. el brazo.

Piotr Ivanovitch obedeció. Encamináronse á las habitaciones del interior; y pasaron reanudo con Schwartz que, con aspecto compungido, guió el ojo á su amigo.

«Al whista le llevó la trampa; pero no se espere: dímbr V.; ya encontraremos budo que haga la partida; quizá la hagamos de cinco cuando haya V. terminado», parecía decir su mirada jovial.

Piotr Ivanovitch lanzó un suspiro más profundo y más triste aún que el de un momento antes; y Praskovia Fedorovna escribió su brazo en señal de agradecimiento.

Entraron en la sala, de paredes cubiertas con cretona color de rosa y débilmente iluminada por una